

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 242

Este día se lo dedico a Dios. Es el regalo que le hago.

Comentario de Sarah:

En la Lección de ayer, el enfoque fue el mundo de la falsa percepción hecho como un ataque contra Dios. El mundo es el resultado de la elección en favor de la separación y con ella nuestra individualidad y un mundo de diferencias. Pero ahora Jesús nos muestra que lo que hicimos como un ataque a Dios puede ser usado como un aula de aprendizaje para deshacer el sistema de pensamiento del ego. Nos dice: **“Del mismo modo en que el propósito de la vista fue alejarte de la verdad, puede asimismo tener otro propósito.”** (W.PII.Q3.4.1) Al igual que todo lo que hemos hecho -el mundo, el cuerpo y nuestras relaciones especiales-, todo puede ser utilizado por el Espíritu Santo para sanar cuando se Le entrega. Mientras el ego trata de asegurar que veamos el mundo como real, el Espíritu Santo redirige nuestra forma de ver y le da al mundo un nuevo propósito, que es ayudarnos a despertar de este sueño.

“Todo sonido se convierte en la llamada de Dios, y Aquel a quien Dios designó como el Salvador del mundo puede conferirle a toda percepción un nuevo propósito.” (L.PII.Q3.4.2) Ahora estamos llamados a ver el mundo como lo contempla el Espíritu Santo, que está más allá de las formas de este mundo, y de su aparente realidad, y lleno de un nuevo contenido de amor. En última instancia, aprendemos que nos hemos equivocado en todo lo que pensamos que sabemos y creemos entender sobre nosotros mismos, los demás y el mundo.

El propósito que le hemos dado al mundo es tener nuestras necesidades satisfechas. Utilizamos a los demás para apoyar nuestra especialismo, intentamos ganar a su costa y proyectamos la culpa sobre ellos. Con nuestro deseo de sanación, ahora elegimos un nuevo propósito, en el que ya no queremos ver a los demás culpables, ya no queremos las luchas de poder y los conflictos, y nuestras relaciones especiales se utilizan para la sanación y la santidad en lugar de para el regateo y la separación. Cada vez más vemos que la paz y la alegría que se derivan de la unión tienen más atractivo que mantener nuestra atención exclusivamente en lo que creemos que queremos. Ahora existe la voluntad de ver que nos hemos equivocado y estamos dispuestos a que nos enseñen.

Jesús nos ruega: **“Oye sólo Su Voz en todo lo que te habla. Y deja que Él te conceda la paz y la certeza que tú desechaste, pero que el Cielo salvaguardó para ti en Él.”** (W.PII.Q3.4.4-5) Aunque creemos que hemos desechado nuestra paz y nuestra alegría, Jesús nos asegura que eso no ha sucedido y, de hecho, no puede suceder. Se ha conservado para nosotros. No hemos cambiado y no podemos cambiar de la santidad de nuestra creación; sin embargo, hemos perdido la conciencia de lo que realmente somos. La paz y la certeza siguen estando en nosotros, cubiertas por nuestras percepciones erróneas. Nuestros ojos pueden seguir viendo cuerpos que se comportan mal, y nuestros oídos pueden seguir escuchando sonidos de guerra, pero nuestro propósito ahora es ver con la visión de Cristo más allá de lo que informan nuestros

sentidos y de la interpretación que les da nuestro cerebro. Ahora estamos dispuestos a cuestionar lo que vemos y oímos. Nos convertimos en observadores de los personajes del sueño, viéndolos desde fuera del sueño donde miramos a todos sin juzgarlos. Cada vez que lo hacemos, aportamos más luz a la mente y al mundo, y con ello llega la comprensión de que nadie está separado de nosotros. Todos compartimos el mismo Ser Único.

“No nos quedemos tranquilos hasta que el mundo se haya unido a nuestra nueva percepción.” (W.PII.Q3.5.1) Nuestros intereses no están separados de nadie. Salvamos el mundo por nuestra voluntad de liberar el significado que le hemos dado. Así, **“aquello que se concibió para que muriese pueda ser restituido a la vida eterna.”** (L.PII.Q3.5.5), lo que significa que despertamos a la realidad de que la vida no puede terminar. Mientras que el cuerpo fue hecho para morir, lo que somos no puede morir. Nuestra mente cambia de pensamientos de muerte a pensamientos de vida. Nuestra realidad como seres infinitos y eternos continúa sin cambios. Como dijo Jesús en la Biblia, "Antes de que Abraham fuera, yo soy", lo que significa que no hay principio ni fin en nuestras vidas. El mundo de los cuerpos y de la muerte no tiene realidad.

La Lección de hoy: **“Este día se lo dedico a Dios. Es el regalo que le hago.”** (L.242) es una lección de humildad. Creer que conducimos nuestra vida solos, es alinearnos con el ego y cuando lo hacemos confiamos en nosotros mismos y creemos que sabemos lo que es mejor para nosotros. Reclamamos el libre albedrío, sin reconocer que somos prisioneros del ego y del guión dado por el ego. Reconocer que **“hay Alguien que sabe qué es lo que más me conviene.”** (L.242.1.3) es reconocer que no sé nada. La información en la que baso mis decisiones es muy limitada. Esto significa que siempre estoy insegura. Sin embargo, con el Espíritu Santo, todo se conoce y se vive en el flujo de la confianza y la certeza totales.

Sé que me he equivocado de maestro cada vez que me siento ansiosa, estresada, preocupada, infeliz y centrada en mis planes y objetivos para la felicidad, sin saber qué hacer. Sé que me equivoco cuando me siento menos que tranquila. Sé que cuando confío en mis propios recursos, tratando de averiguar cómo resolver los problemas de mi vida tal como los percibo, me he dirigido al maestro equivocado. Es un alivio recordar que sólo necesito tomarme un momento para hacer una pausa, dar un paso atrás y acudir al Guía interior, que sabe cómo dirigirme y siempre está seguro del resultado en el que nadie pierde. Mi problema es que creo que lo sé y por eso me olvido de preguntar. Creemos que tenemos que mantener el control sobre todas las decisiones de nuestra vida. Nos enfadamos si nuestras preferencias sobre cómo deberían ser las cosas no se materializan. Sin embargo, si nos liberamos de nuestros apegos a las preferencias y recordamos que el guión ya está escrito, ¿qué hay que gestionar? Lo único que queda es pedir ayuda para ver la situación de otra manera.

Cuando estuvimos en el funeral del padre de Don hace unos años, nuestra amiga, Linda, iba a cantar en el cementerio, pero no estaba allí cuando se iba a realizar el entierro. No sabía por qué no había aparecido y me decepcionó que nuestro plan, cuidadosamente organizado, no se llevara a cabo. Me recordé a mí misma: "Esto no tiene por qué ser así". Podía optar por aceptar las cosas tal y como eran y con ello llegó un suspiro de alivio. Pero justo cuando el ministro estaba a punto de iniciar los procedimientos, oí el sonido de su hermosa voz que venía de lejos, mientras caminaba por el campo y cantaba. El himno que habíamos elegido para ella era "It is Well with My Soul" (Está bien con mi alma). Y sí, esas palabras reverberaron en mi alma y entonces supe que está realmente bien con mi alma, independientemente del resultado de cualquiera de mis planes. Todo fue una lección para dejar de lado las expectativas de cómo deberían ser las cosas. Para mí, fue una experiencia que reforzó el valor de dar un paso atrás y aceptar lo que se da. Se trata de un proceso continuo de abandono del control.

.

Dejar ir, aceptar y confiar son las formas en que aprendemos la tontería de vivir nuestras vidas solos. (L.241.1.2) Cuando nos dirigimos a nuestro Guía interior, reconocemos que el apoyo del Espíritu Santo siempre está ahí. Él no es sólo nuestro Guía, sino nuestro Compañero. Camina con nosotros. Nunca estamos solos. Sin embargo, para experimentar Su presencia, tenemos que admitir que no sabemos y que no entendemos. Renunciar a nuestro entendimiento y volvernos hacia el interior, donde habita la verdad, es liberar nuestra dependencia del ego. Hay demasiadas variables para que podamos estar seguros, así que dejemos espacio para la guía de Aquel que conoce todas las variables que no podemos conocer por nosotros mismos.

Cuando miro mi vida, no siempre parece que las cosas estén funcionando como me gustaría. Ahora acepto cada vez más que la forma en que me gustaría que fuera no significa que sea el camino que me llevará a Dios. El objetivo es despertar. No es tener un sueño más bonito. Debo recordarme a diario que no sé lo que más me conviene. Lo que creo que me sirve puede en realidad hacerme retroceder, mientras que lo que creo que es bueno puede mantenerme invertida en el sueño. Como nos dice Jesús: **“Has considerado algunos de tus mayores avances como fracasos, y has evaluado algunos de tus peores retrocesos como grandes triunfos.”** (T.18. V.1.6) (ACIM OE T.18.VI.41)

En el capítulo 24, se nos dice que **“No olvides que el único propósito de este mundo es sanar al Hijo de Dios.”** (T.24.VI.4.1) (ACIM OE T.24.VII.52) Las situaciones que ofrecen la mayor curación pueden tener lugar de formas que no acogemos, pero ¿qué sabe el ego de la verdadera curación? Despertar de este sueño es liberar la inversión en el ego. El ego ha invertido en evitar que elijamos la mente correcta. De hecho, cuando estamos avanzando en la liberación de nuestros pensamientos erróneos, puede surgir una tremenda resistencia. Todos lo hemos experimentado de vez en cuando de muchas maneras. Parece que damos dos pasos atrás con cada paso adelante. La resistencia está ahí porque todavía nos aferramos a nuestra individualidad y a nuestro especialismo, y cuando hacemos progresos, el ego puede volverse muy receloso. Entonces, cuando las cosas parecen volverse más difíciles para nosotros en este camino, podemos cuestionar si es correcto para nosotros.

Cuando lo que pensamos que queremos no se produce, no tenemos que angustiarnos. Todo puede ser utilizado para nuestro mayor bien. No hemos sido abandonados. Él conoce nuestra necesidad más profunda. Es sólo la interpretación o el significado que le doy a la situación lo que da lugar a mi experiencia emocional. Mi interpretación es lo que tengo que estar dispuesto a soltar para que Su juicio prevalezca. En el Manual para el Maestro, Sección 10, aprendemos: **“Es necesario que el maestro de Dios se dé cuenta, no de que no debe juzgar, sino de que no puede. Al renunciar a los juicios, renuncia simplemente a lo que nunca tuvo. Renuncia a una ilusión; o, mejor dicho, tiene la ilusión de renunciar a algo. En realidad, simplemente se ha vuelto más honesto. Al reconocer que nunca le fue posible juzgar, deja de intentarlo.”** (M.10.2.1-5) (ACIM OE M.10.2)

¿No sentimos todos el peso de decidir por nosotros mismos? ¿No sería más fácil si aprendiéramos a confiar en el Guía, que nos ofrece Su certeza? Él no es algo externo a nosotros. Es nuestra propia Voz. Jesús nos dice: **“Una vez que has aprendido a decidir con Dios, tomar decisiones se vuelve algo tan fácil y natural como respirar. No requiere ningún esfuerzo, y se te conducirá tan tiernamente como si te estuviesen llevando en brazos por un plácido sendero en un día de verano.”** (T.14.IV.6.1-2) (ACIM OE T.13.IX.92) ¿No deseamos todos estar en la corriente donde todo funciona?

Entreguemos este día a Dios. Acordémonos de entrar en la quietud de nuestra mente y pedirle Su ayuda en todo. Decidamos quitar nuestras manos de las palancas de control que creemos tener, ¡que de todas formas es sólo una ilusión! Podemos protestar que no estamos escuchando la guía del Espíritu Santo, pero necesitamos preguntar, y escuchar, y prestar atención a los avisos internos. Debemos dejar espacio para Su Respuesta, haciéndonos a un lado del problema y seguir preguntando en cada situación. Confiando en que la respuesta llegará cuando estemos dispuestos a recibirla. Cuando expresamos gratitud por cada respuesta que recibimos, nos sentimos bendecidos.

En medio de una comunicación difícil en la que el ego se impone, es posible que tengamos que salir literalmente de la habitación y alejarnos unos momentos de la tormenta para devolver la cordura a nuestra mente. Tómate el tiempo que necesites para recordarte a ti mismo que no sabes lo que más te conviene y pídele a Él que muestre el camino. Entonces puedes volver a entrar en la situación que parecía ser la causa de la angustia, reconociendo que no hay ninguna causa fuera de tu propia mente. Llevar nuestras mentes a la paz es donde se encuentra la resolución de toda situación difícil.

Jesús nos anima continuamente a recordar que nuestra inversión en la curación es en nombre de nuestra propia felicidad. Muchas de las cosas que pedimos a Dios retrasan nuestra vuelta a casa. Son cosas que creemos necesitar para nuestra felicidad. ¿No es eso lo que solemos pedir? ¿No es eso lo que se busca en el "Secreto"? Creemos que sabemos lo que queremos para nuestra felicidad, pero el "yo" que cree saberlo es siempre el ego, y el ego no sabe lo que más me conviene. Las cosas que creo que quiero pueden, en cambio, agobiarme y mantenerme apegado al mundo. Si insistimos en aferrarnos a nuestras metas personales y en mantenernos a cargo de nuestras decisiones, descubriremos que entregar nuestra mente al Espíritu Santo y rendirnos a Su guía será realmente amenazante. Su prioridad no son nuestras cosas, nuestro estatus o nuestras relaciones especiales. Él sabe, al igual que un buen padre, que lo que un niño cree que quiere no le proporcionará la alegría y la felicidad que el niño cree que contiene lo que exige. Jesús nos recuerda a menudo que somos como ese niño.

Entreguemos este día a Dios como nuestro regalo para Él. Estemos decididos a proteger el día de nuestros propios caprichos y deseos pidiendo que Él sea nuestro Guía hoy. Cuando estemos tentados a establecer nuestras propias metas para el día, tomemos un momento y demos un paso atrás y estemos dispuestos a liberar nuestros deseos y anhelos y preguntar en su lugar: "¿Qué quieres que haga?" "¿Adónde quieres que vaya?" Y luego escuchemos. Nuestra experiencia de un día de paz y alegría viene de Dios y no de lo que parece que nos está sucediendo. Acércate a este día con una mente totalmente abierta. No nos corresponde definir lo que nos conviene. Realmente no lo sabemos.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca